

Dichosos seréis si la guardareis, decía el mismo Jesucristo. Luego el quebrantarla á diario y sin miramiento alguno á la suprema autoridad de Dios legislador, es, no sólo un crimen de lesa soberanía divina, sino también un atentado monstruoso contra nuestra propia felicidad, es un suicidio moral. ¿Cuál no será, según esto, la perversidad del pecado, el cual no es otra cosa que la libre infracción de esa ley santa del Señor?

II. Aquí tenéis, señores, cómo el pecado es el mal, porque Dios es el bien, y el pecado asesta sus tiros de muerte contra el mismo Dios. En esto, según todo lo manifestado, no hay un ápice de exageración: es una verdad sencilla, pero, ¡qué verdad tan terrible para el pecador! Esforcémonos, por tanto, hermanos míos, en formar del pecado el verdadero concepto, y excitar en nuestro corazón el sentimiento de odio y detestación que se merece el mal entre los males. Pidamos al Padre de las luces que haga caer de nuestros ojos la funesta venda que nos impide ver en toda su deformidad este monstruo espantoso, para que podamos exclamar con el Profeta: *Malum coram te feci. Miserere mei!*

TERCERA CONFERENCIA.

El pecado delante de Jesucristo.

Rursum crucifigentes sibimet ipsis Filium Dei.
Crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo
de Dios.

Hebr. 6, 6.

1. Grande es la malignidad del pecado, hermanos carísimos, mirado, como lo hemos hecho, á la luz de la razón y de la fe, en sus relaciones con Dios, es decir, en su oposición á la Divinidad. No parece que pudiera

subir de punto su diabólica malicia, supuesto que nada hay más alto que el cielo hasta donde alcanza la envenenada saeta que dispara el insensato pecador: *In cælum conscendam*, decía Lucifer; *Peccavi in cælum*, pequé contra el cielo, exclamaba entre sollozós y lágrimas el arrepentido hijo pródigo¹. Y, sin embargo, hay más todavía, si atendemos seriamente á lo que es el pecado en otro orden de relaciones con el mismo Dios, con otro cielo, si se quiere, más alto que el primero, porque hay cielos de cielos². Hablo del orden sobrenatural, del cielo de la redención, en cuyas alturas se divisa Jesucristo, Dios y hombre juntamente, Rey de reyes y Señor de cuantos mandan³, á quien sólo corresponde, dice el Apóstol, el honor y el imperio sempiterno⁴, y al cual, no obstante, se atreve el pecado á mover guerra, y guerra á muerte. He aquí, señores, un nuevo aspecto por donde se nos presentará este monstruo en toda su deformidad casi increíble.

2. Importa grandemente, hermanos míos, distinguir bien estos dos órdenes de nuestras relaciones con Dios, el de la naturaleza ó natural, y el sobrenatural ó de la gracia; y en la materia que nos preocupa, esta distinción tiene particular importancia. Porque, si es malo atentar contra el Criador, parece más odioso todavía herir de muerte al Redentor. Dios criador de nuestro ser, he ahí el término de nuestras relaciones como hombres, como criaturas racionales: relaciones que el pecado, como hemos visto, atropella y despedaza. Dios redentor y dador de un nuevo ser divino, he ahí el término de nuestras relaciones como cristianos, como

¹ Luc. 15, 18.

² Cœli cœlorum (3 Reg. 8, 27).

³ 1 Tim. 6, 15.

⁴ Ibid. vers. 16.

creaturas redimidas del abismo; y estas relaciones más estrechas, más sagradas, si así puede decirse, que las primeras, también las desbarata y vilipendia el abominable pecado. ¿Podrá, pues, calcularse con precisión su malicia? ¿no es ésta en cierto modo incomprensible, infinita? Tan profunda es en este orden la malicia del pecado, diré con un orador contemporáneo¹, cuan grande es la profundidad de la bondad divina que caracteriza el orden sobrenatural. Dios es bueno esencialmente, bueno en grado infinito, por manera que su bondad no puede disminuirse ni aumentarse en un punto; bueno en sí y en su acción al exterior, en la creación, conservación y gobierno providencial de sus creaturas². Esto no obstante, su bondad resplandece de una manera extraordinaria, sublime, en la obra de la humana reparación por la cual, compadecido de nuestra eterna desventura, sin rastro alguno de mérito por parte nuestra, antes bien con grandísimo demérito por nuestras culpas, no sólo nos devolvió la vida del espíritu, dando la suya temporal en afrentoso madero, sino que nos elevó á la esfera de la filiación adoptiva de su mismo Padre celestial³. Esto es lo que pondera maravillosamente el Apóstol de las gentes. Y al mismo propósito escribe el Evangelista San Juan: *En esto principalmente hemos conocido la caridad de Dios, en haber dado su vida por nosotros*⁴. *Mirad qué amor el de nuestro Padre, concedernos que seamos y nos apellidemos hijos de Dios*⁵. Pues, en este teatro de bondad divina, en este orden sobrenatural, vamos hoy á considerar el pecado

¹ Monsabré, Conf. de Nuestra Señora de París.

² Matth. 19, 17. Ps. 118, 68. 2 Mach. 1, 24, 25, et passim.

³ Rom. 5, 8. ⁴ 1 Io. 3, 16. ⁵ Ibid. vers. 1.

para acabar de conocerlo y detestarlo. Vamos á ver al enemigo de Dios asestando sus mortíferos dardos contra el Dios del Calvario, siendo real y verdadero asesino de Dios-hombre; pues, así como con toda verdad puede afirmarse que Jesucristo murió á los golpes del pecado, así también debe estimarse exacta la aseveración de San Pablo, que *el pecador crucifica de nuevo al Hijo de Dios*¹ en la cruz de su propia conciencia, quitándose á sí propio la vida divina. He aquí indicada la materia de la presente instrucción: ninguna más adecuada para mover nuestros corazones al sentimiento de la compasión cristiana. ¿Dónde podremos llorar mejor que á los pies del Crucifijo?

I.

3. Al contemplar principalmente en estos días santos, con profundo recogimiento, los misterios de la pasión del Redentor, convendría fijar nuestras miradas, amadísimos hermanos, no solamente en la sagrada é inocentísima Víctima, sino también en el malvado y perverso victimario. Á los santos Padres de la Iglesia ha llamado mucho la atención, como se desprende de sus escritos, la increíble ferocidad de los verdugos de Jesús; y así la pondera entre otros el elocuente San Juan Crisóstomo, acabando por prorrumpir en esta vehemente exclamación: «¡Oh malvada y perversísima voluntad, la de aquellos judíos!»² El mismo Jesucristo, yendo camino del Calvario, volvióse á las piadosas mujeres que le seguían llorando, y con gravísimas palabras les advirtió que no llorasen por él, sino por sí³; que, si tales

¹ L. c. supra.

² In Io. 84, ap. Breviar.: O pessimam et scelestissimam voluntatem!

³ Luc. 23, 28.

estragos veían hacerse en el árbol verde y frondoso de su divina persona, pensasen bien lo que habría de ejecutarse en los leños áridos y estériles de los pecadores. Tal deberíamos pensar nosotros con igual justicia y no menor provecho para nuestras almas; y á esta consideración nos invita el asunto que vamos meditando de este nuevo género de malicia del pecado que nos enseña el Apóstol en las palabras propuestas: *rursum crucifigentes Filium Dei*: «crucificando de nuevo al Hijo de Dios».

4. Porque, en efecto, señores: ¿quién fué en definitiva el verdadero responsable de la muerte del Salvador? ¡Ah! me diréis mirando las cosas como aparecen por defuera: los judíos y los gentiles, Caifás y Pilatos, el Sanedrín y el populacho de Jerusalén. Está bien; pero, sondeando un poco en los móviles y causas de esta pasión y muerte misteriosa, hallaremos debajo de aquellas máscaras de hombres á cual más criminales, el verdadero agente escondido en todos ellos: las pasiones, el pecado, el desbordamiento de la humana malicia. La envidia le persiguió sin tregua¹; el odio más enconado le tendió lazos y decretó perderle á todo trance²; la miserable avaricia lo vendió por el vil precio de un esclavo³; la traición le puso en manos de sus enemigos⁴; la hipocresía le declaró reo de muerte⁵; el respeto humano y la ambición le condenaron, aun después de reconocido inocente⁶, á suplicio de cruz; el furor de un pueblo fanático le arrastró al patíbulo⁷; la voluptuosidad de un rey adúltero le escarneció vil-

¹ Matth. 27, 18.² Io. 15, 18.³ Matth. 26, 15.⁴ Matth. 26, 48.⁵ Marc. 14, 64.⁶ Matth. 27, 26.⁷ Matth. 27, 31.

mente¹; y, en fin, no hubo pasión bastarda que no concurriera al sacrificio de aquella santa víctima inmolada por la violencia y el furor del pecado. Con razón pudo decir el divino ajusticiado: «Sobre mis espaldas cargaron los pecadores el fardo de sus crímenes.»² No fueron, pues, los judíos ni los gentiles precisamente, sino los agentes del pecado, quienes consumaron la obra de la iniquidad, dando muerte al autor de la vida³. Ni era posible fuese de otro modo, porque el mal aborrece eternamente al bien, las tinieblas á la luz—Caín no pudo soportar al inocente Abel—, el vicio odia de muerte á la virtud; y así el pecado debía, permitiéndolo Dios, acabar con el Santo de los santos. «Oprimamos al justo», decíanse los pecadores, «porque contraría nuestras obras»⁴ y destruye nuestros planes. No hubo más causa ni motivo real y verdadero para dar la muerte á Jesús, que su inocencia deslumbrante, cuyos resplandores cegaron los débiles ojos de la envidia y la ambición. Así lo reconoció el mismo Pretor romano en Jerusalén, y así lo ha reconocido el mundo entero para gloria del Salvador y eterno baldón de las pasiones. Sí, de las pasiones criminales, que no son enfermedad de un hombre ni de un pueblo, sino de todos los pueblos y de todos los hombres, porque todos las llevamos en germen en nuestro mismo corazón, apasionado por los falsos bienes de los sentidos. Aquí, aquí dentro está la semilla del orgullo, de la envidia, del odio, de todas las concupiscencias rebeldes á la razón, y enemigas de la justicia y de quien la practica y enseña⁵. Y estas semillas venenosas no aguardan sino

¹ Luc. 23, 11.² Ps. 128, 3.³ Act. 3, 15.⁴ Sap. 2, 12.⁵ Matth. 15, 18.

la temperatura y las condiciones favorables para desarrollarse en nuestro corazón; y, una vez formadas, se arrojan fuera en busca de su objeto, arrollando al paso cuanto pudiere estorbarles su satisfacción. Dios mismo, si se pusiera delante para impedir el paso á la pasión, sería arrollado por esta fiera indómita y furiosa. Así se explica la pasión de Jesucristo¹.

5. Entremos, pues, cubiertos de confusión, en el santuario de nuestra conciencia; y, si hallamos que alguna pasión desordenada nos domina, si somos esclavos de la codicia, la ambición ó la voluptuosidad, ¡ah! no dudemos atribuirnos la parte de responsabilidad que nos toca en el holocausto de la Víctima universal de los pecados del mundo. «¡Gemid, humanos! exclama con razón un poeta católico, todos en él pusisteis vuestras manos.» Pero no es esto todo. Hay que mirar las cosas de más alto, y así considerado el misterio de la Redención nos hará ver en toda su luz el otro misterio de la gravedad del pecado. Porque, no sólo fué Cristo sacrificado por las manos de los pecadores, sino por las de la Justicia eterna, en castigo y venganza de los crímenes amontonados por la humana iniquidad. La muerte de Jesús fué el sacrificio de expiación ofrecido por el Sacerdote Sumo de la nueva Alianza en su propia persona para borrar el reato de todos los pecados, antiguos y modernos, cometidos por el hombre — *Vere languores nostros ipse tulit*, como vaticinó Isaías² —, y notaron los Evangelistas³, y el Príncipe de los Apóstoles declaró por estas palabras: *Él cargó sobre su cuerpo nuestros pecados en la cruz; para que, muertos nosotros al pecado,*

¹ Tauri pingues obsederunt me (Ps. 21, 13).

² Is. 53, 4. ³ Matth. 8, 17. 1 Io. 3, 5.

*vivamos para la justicia, sanos ya con sus heridas*¹. *Él fué herido y llagado por razón de nuestras maldades, fué despedazado para pagar por nuestros crímenes. Tomó á su cargo el negocio de nuestra paz con Dios*².

6. Si Dios había de perdonar los pecados de los hombres, no podía ser, en la presente disposición providencial, sino mediante la satisfacción condigna ofrecida por un hombre á la divina Justicia, cuyos derechos quería respetar la Misericordia infinita. La obra magna de la misericordia y de la bondad de Dios para con el género humano pecador, no consiste, hermanos míos, en haberle perdonado como quiera, sino en no haber perdonado el eterno Padre á su propio Hijo, antes haberlo entregado á la muerte más cruel é ignominiosa por salvar al siervo vil é ingrato. Tal es el pensamiento del Apóstol San Pablo³ y de la Iglesia. *Ut servum redimeres, Filium tradidisti*. No, cristianos, Dios no quiere la impunidad del pecado, aun en el acto mismo que lo perdona. *Obrar contra las leyes divinas*, dice la Escritura, *es impiedad que no quedará impune*⁴. Unidas andan la misericordia y la justicia⁵. Verdad es que sobrepuja, á nuestro modo de entender, la misericordia al rigor de la justicia, como escribe Santiago⁶; mas no por eso deja de conciliarse el rigor con la clemencia en la obra de la redención. «Cuando estuvieres airado, te acordarás de la misericordia.»⁷ Lo que hay es que no bastaba para satisfacer á la justicia de un Dios infinitamente grande y poderoso todo el rigor que podía

¹ 1 Petr. 2, 24.

² Is. 53, 5.

³ Rom. 8, 32.

⁴ 2 Mach. 4, 17.

⁵ Ps. 24, 10.

⁶ Jac. 2, 13.

⁷ Hab. 3, 2.

ella misma desplegar contra el débil mortal, gusanillo miserable de la tierra, cuya destrucción, y aun los tormentos eternos, no guardan proporción alguna con la grandeza del castigo merecido. ¿Qué hacer, pues, para ofrecer al cielo una expiación proporcionada, una pena igual á la justicia? Aquí está, hermanos míos, el secreto maravilloso de la bondad y de la sabiduría del Altísimo. Aquí es donde cabe la exclamación del Apóstol: ¡*Oh altitudo!*¹ ¡Oh profundidad de los consejos de Dios, rico en misericordia! Aquí es donde cualquier otro entendimiento y cualquier otro poder que no fuese el de Dios habría quedado sin arbitrio, pues la dificultad se presentaba en términos insuperables á toda fuerza creada. Pero nada hay imposible para el Todopoderoso², como dijo el Ángel á María al anunciarle el misterio de la Encarnación del Verbo, místico desposorio del Hijo de Dios con la pobre naturaleza humana. *El Verbo se hizo carne*³, y la víctima humana, elevada á la dignidad de divina, pudo inmolarse en el Calvario en el altar de la Justicia eterna, dejando plenamente satisfecha nuestra deuda con ser infinita. «Con su oblación, asegúralo San Pablo, consumó para siempre la santificación de todos los hombres.»⁴ De esta suerte encontró Jesús, Pontífice de la nueva Alianza, penetrando en el *Sancta Sanctorum* del Calvario, la redención universal, derramando su preciosa sangre, como Cordero de Dios perfectamente inmaculado⁵. Así, así solamente pudo calmarse la justa y tremenda indignación de un Dios airado con el hombre pecador. Así solamente pudieron alcanzar perdón nuestros delitos, expiándolos con tormentos acerbísimos en

¹ Rom. 11, 33. ² Luc. 1, 37. ³ Io. 1, 14.

⁴ Hebr. 10, 14; 9, 12. ⁵ 1 Petr. 1, 19.

su carne el Santo de los santos, representante y fiador de toda la humanidad culpada. ¡Oh, qué reflexiones y qué afectos debiera sugerirnos el pensamiento de la redención! Con que ¿tan negro es el pecado, que sólo puede borrarlo de la presencia divina la sangre de un Hombre-Dios? «Venid, pues, cuantos el crimen tiene horriblemente manchados: en este baño de salud quedará limpio quien se lave.»¹ Y ¿no bastó el diluvio universal, y el haber quedado sumergidos bajo sus olas cenagosas todos los criminales sin excepción, para apaciguar la cólera de un Dios ofendido? y ¿fué necesario nuevo diluvio de sangre, pero de sangre divina, para restaurar el universo moral?² ¿Fueron, pues, mis pecados, mis faltas personales y propias, los excesos á que yo mismo me entrego, siguiendo el ímpetu de mis aviesas pasiones, los que enclavaron con duros clavos en un leño infame á mi dulce Salvador? ¿No he de llorar de pensarlo? ¿no ha de estallar en pedazos mi corazón dentro del pecho?

7. Porque, en hecho de verdad, nuestros pecados fueron los que causaron, parcialmente al menos, la muerte del Salvador. Que no murió sólo por los pecados del mundo antiguo, sino por los del mundo entero, por los del siglo XIX, por los de América y Europa, por los de esta nación, de esta ciudad y del auditorio aquí reunido. Mirad al Crucifijo y decid: «*Ecce Agnus Dei*: He aquí el Cordero de Dios sacrificado para quitar mis pecados y los de todo el mundo³. Él me amó singularmente, y se entregó á la muerte por mí⁴. De

¹ Eccl. in off. Pretios. Sang.

² Eccl. in off.: Lavit orbem sanguine.

³ Io. 1, 29. ⁴ Gal. 2, 20.

donde debo concluir que, no sólo en parte, sino en absoluto y como agente único, yo le crucifiqué, pues hice lo bastante para que muriera, aunque no hubiera habido más pecados sobre la tierra que los míos.» Sí, cristianos, un solo pecado mortal era bastante para causar la muerte del Redentor; porque uno solo que fuera, no había en las creaturas, ángeles y hombres juntos, poder suficiente para destruirlo: esto es, satisfacción condigna que mereciese el perdón. ¡Tal es la gravedad del ultraje inferido á la Majestad divina por una sola culpa mortal! Y ¡todavía no acabamos de aborrecerla y llorarla cual merece! De donde se sigue por rigurosa deducción que, cada vez que se renueva en el mundo el pecado, renuévase también, á lo menos virtualmente, la crucifixión del Hijo de Dios, como lo enseña el Apóstol: *rursum crucifigentes sibimet ipsis Filium Dei*¹. Porque, si este nuevo pecado que yo cometo no hubiese entrado en cuenta con todos los demás, presentes y pasados, por los cuales dió su vida el Salvador, para que éste se me perdonase, era preciso que tornase á morir Jesucristo, pues sin la efusión de su sangre no hay remisión posible². Y yo ¡no vacilo en acumular pecados á pecados! Y ¡nada se me da de estar crucificando cada día y á cada momento con interminable serie de delitos al benignísimo Redentor! El cual, si no muere físicamente cada vez que yo le ofendo, ofrece sí nuevamente su pasión y representa al Padre las cicatrices gloriosas de sus llagas para moverle á que me perdone, en gracia y reverencia del Hijo obediente hasta la cruz³. *Él vive interponiéndose siempre en favor nuestro*, según

¹ L. c. supra.² Hebr. 9, 22.³ Phil. 2, 8.

dice San Pablo¹. Por eso exhortaba el mismo Apóstol á los pecadores que, arrepentidos de sus obras de muerte, habían recibido el bautismo y la resurrección espiritual, que no tornasen al camino de la iniquidad, crucificando otra vez á Jesucristo y haciéndole objeto de escarnio, porque llegaría á serles imposible recobrar la gracia perdida². ¿Qué esperanza de salvación les queda, hermanos míos, á aquellos desventurados pecadores, tantas veces bañados con la sangre divina en el Sacramento de la Penitencia, y fortalecidos otras tantas con el don celestial de la Eucaristía, y, sin embargo, reincidentes siempre en faltas nada leves, sea cualquiera el juicio que de ellas se forme el mundo, en obras de muerte, y muerte eterna? ¡Ah! qué terror debe inspirarnos aquella sentencia de San Pablo: *La tierra que, favorecida con abundante riego, no da más que espinas y abrojos, es una tierra maldita y próxima á la reprobación, que acabará por ser entregada á las llamas*³.

Pasemos á ver por otro aspecto la verdad propuesta: el pecado da muerte por segunda vez á Jesucristo.

II.

8. En efecto, hermanos míos, el pecado da muerte violenta al alma del pecador; y esta muerte bien puede llamarse muerte del Hijo de Dios en el corazón del cristiano: *crucifigentes sibimet ipsis*... Para comprender esta importante verdad sería necesario conocer á fondo el misterio de la justificación del hombre y su regeneración sobrenatural por medio de la gracia. San Pablo nos da acerca de él todas las luces suficientes. *Despojaos*, dice á los fieles colosenses, *del hombre*

¹ Hebr. 7, 25.² Ibid. 6, 4. 6.³ Ibid. vers. 7 y 8.

*viejo y de sus actos, y revestíos del nuevo, esto es, de aquel que se renueva por el conocimiento de Dios, según la imagen y semejanza del Criador*¹, ó sea, conforme al modelo de Jesucristo, imagen viva y acabada de Dios. «En Cristo, decía también á los corintios, el hombre es una creatura nueva: todo lo viejo debe desaparecer en él, ideas y afectos carnales, para dar lugar á nueva vida, nuevos afectos y sentimientos. Todo se ha renovado en él.»² «Sepultados con Cristo en el bautismo, añadía, habéis resucitado también con él á vida nueva por la fe en su resurrección.»³ Aquí tenéis, señores, lo que es el don sobrenatural que llamamos la gracia, don que se comunica por Jesucristo al hombre, en el Bautismo primero, y luego en la Penitencia y demás Sacramentos. Es una vida nueva, divina, propia del mismo Jesucristo, en su calidad de verdadero Hijo de Dios, de quien la recibió *ab aeterno*, como todo hijo la recibe de su padre en el tiempo, y que, en cuanto hombre, la posee para transmitirla á sus hermanos de la naturaleza humana⁴, haciéndolos hijos adoptivos de Dios y coherederos de los bienes divinos en el tiempo y en la eternidad⁵. ¿Qué vida puede ser con ésta comparada? Sobrepuja á cuantas vidas existen en el orden de la naturaleza, á la vida física más perfecta, á la vida racional y aun á la vida angélica, puesto caso que aquélla es participación maravillosa y gratuita de la vida de Dios: es la vida por antonomasia, la vida verdadera y eterna. *En él*, en Jesucristo, *estaba la vida*, dice San Juan, *y la vida era la luz de los hombres, la cual brilla en las tinieblas, y las tinieblas*, ó sea, las inteligencias

¹ Col. 3, 9, 10.² 2 Cor. 5, 17.³ Col. 2, 12.⁴ Hebr. 2, 17.⁵ Rom. 8, 17.

ciegas, *no la comprendieron*¹. ¡He ahí señalada la obra del pecado! Matar la luz en las almas, extinguir la vida, dar muerte de esta manera á Jesucristo! Por este nuevo deicidio bien merecen los pecadores el terrible apóstrofe de San Pedro á los judíos: *Vosotros rechazasteis al santo y justo, pidiendo la vida de un asesino, y disteis muerte al autor de la vida*². ¡Pluguiese á Dios que este abominable desorden no se consumase todos los días, y aun á todas horas! ¿Qué otra cosa hace el pecador cuando rechaza la ley de la virtud, cediendo al grito de la pasión enfurecida, sino decir: «Crucifícale, crucifícale: quítale de la vista, dános á Barrabás; no queremos que reine en nosotros Jesucristo»³? Y, en efecto, le crucifica en el Calvario de su corazón, le da muerte, dándosela á su propia alma por el pecado mortal; suicida y deicida al mismo tiempo, sofoca en su seno la vida divina que en él había nacido por la acción de la gracia. «Pecadores, diré con un elocuente orador de nuestros días⁴, ¿qué habéis hecho de la vida divina que había en vosotros? Habéis vaciado vuestras venas de la sangre divina que corría por ellas. En vano busco á Dios en vuestras almas, no está allí...» De tal suerte debe el cristiano estar poseído de la vida de Jesucristo, que, no sólo en su alma sino hasta en su mismo cuerpo, en su carne mortal, como habla el Apóstol, se manifieste esta vida⁵. Y cierto que, según es de admirable la operación de la gracia, no hay un movimiento, un átomo, dijéramos, en el hombre justificado donde no esté la vida de Dios. ¡Qué crimen tan enorme

¹ Io. 1, 4, 5.² Act. 3, 14, 15.³ Io. 10, 15.⁴ P. Monsabré, Conf. del Retiro.⁵ 2 Cor. 4, 11.

CÁCERES, Sermones. III.

no comete, pues, el pecador lanzando á Dios del corazón y de todo su ser!

9. De aquí que sea tan monstruoso aquel género de pecado que se llama escándalo. *¡Ay del mundo por razón de los escándalos!* decía el Salvador¹: sí, ya sean los que dan, ya los que padecen los hombres en el mundo; porque, si éstos son ocasión de tropiezo y muerte espiritual, aquéllos lo serán de muerte eterna. *Más le valiera al que escandaliza*, dice el mismo Jesucristo, *que, con una rueda de molino atada al cuello, fuese sepultado en el fondo del océano.* ¡Cuál será, según estas palabras, la pena eterna reservada al pecador escandaloso que muere impenitente! ¡Cuánta no será la gravedad de este delito! Y ¿en qué consiste, señores, sino en dar muerte moral, ya directa, ya indirectamente, al alma de alguno de nuestros semejantes? Porque, induciéndole á pecado, ora con pérfidos consejos, ora con corruptores ejemplos, llegamos á ser reos delante de Dios de la muerte de una alma, de una alma, añade San Pablo, *por la cual murió Jesucristo*, y en la cual vivía el mismo Dios². Jesucristo ilumina³, y el hombre del escándalo se empeña en apagar la luz de la fe con discursos impíos ó sacrílegos sarcasmos; Jesucristo santifica con la gracia de sus Sacramentos, y el escandaloso no trata sino de corromper con la violencia ó la seducción; en una palabra, Jesucristo confiere la vida, y el escandaloso infiere la muerte. ¿Qué extraño que así provoque la indignación de Dios el asesino de las almas? Y ¿qué pecado externo no suele ser piedra de escándalo? De éstos está repleto el mundo. Por eso debemos exclamar con el Salvador: *Væ mundo!*

¹ Matth. 18, 6. 7.

² Rom. 14, 15.

³ Io. 1, 9.

10. Aquí tenéis, cristianos, apenas bosquejado lo que es el pecado con relación á Cristo, al Dios del Calvario, á nuestro amabilísimo y adorable Redentor: es nada menos que su infame agresor, su victimario. Nada exagera el Apóstol cuando afirma que el pecador crucifica una vez más al Hijo de Dios. Y ¡ojalá no fuera más que una, y no ciento y millares de veces! *Lloremos delante del Señor*¹ la multitud y enormidad de nuestras culpas; detestémoslas con el horror con que debe detestarse, no nuestro enemigo, sino el capital enemigo de Dios, el verdugo de Jesús, el mal por excelencia, el veneno mortífero de nuestras almas, el verdadero autor de todos nuestros males. Demasiadas luces hemos recibido para conocer la malicia intrínseca que caracteriza al pecado, además de la triste experiencia que mil veces hemos hecho de sus funestos efectos en nuestro corazón. ¡Basta, pues, ya de alimentar y acariciar este horrible monstruo! ¡Basta de pecar! ¡Perdón, Señor, por vuestra sangre preciosa derramada en la cruz! *Miserere mei, Deus*, etc.

¹ Ps. 94, 6.